



El Padre franciscano Emiliano María de Revilla en la actualidad
(Fot. Rico)

III

LOS PRISIONEROS

EN TODAS LAS GUERRAS, EN TODOS LOS PAÍSES
Y EN TODOS LOS TIEMPOS...

RECONQUISTADO el territorio que se había perdido como consecuencia del desastre de Annual, restablecido el principio de autoridad, enterrados los muertos, de allí en adelante mi preocupación mayor la constituyeron los prisioneros.

—Continúe usted.

—Interpretaba yo—continúa diciéndome el ilustre franciscano capuchino—, al preocuparme de la suerte de aquellos desventurados, que uno de los más esenciales fines para que fué creada la Orden de San Francisco es la redención de cautivos.

En la humilde biblioteca del convento donde profesé abundaban los libros que hacían mención de los dolores y sacrificios experimentados por los cautivos en todos los países, en todas las guerras y en todos los tiempos. Cuantas horas me dejaban libres mis estudios y mis prácticas de religión, mi placer mayor consistía en recluírme en el último rincón de la biblioteca, ir desempolvando viejos pergaminos y, más que nada, en ir apartando y saboreando aquellos interesantes libros que encerraban en sus páginas todos los horrores de las antiguas y modernas cautividades.

En lo que respecta a la Edad Antigua, había uno, de autor desconocido, que hacía mención del bárbaro sistema penal de los egipcios y de los romanos. Aquéllos, para que nunca ya pudieran volver a alzarse en armas contra los caudillos vencedores, cercenaban las manos a los prisioneros de guerra; éstos les crucificaban.

—¡Qué atrocidad!

—Alejandro el Magno, en el sitio de Tiro, hizo crucificar, a lo largo de la playa, a más de dos mil prisioneros de guerra. Semejante espectáculo de millares de cruces se repitió en el asedio de Jerusalén, donde el mencionado caudillo hizo crucificar a infinidad de súbditos rebeldes. Pero los hebreos mataban á golpes al crucificado, mientras que los romanos vencedores les dejaban morir pendientes de la cruz; aquéllos enterraban al ajusticiado, en tanto que éstos dejaban corromper su cadáver.

—¿Qué más?

De Annual a Fontainebleau, a través de las palabras del Padre Revilla

—¿De verdad le interesa lo que le cuento?

—Mucho. Continúe usted.

—Continuemos, pues. Los condenados a esta pena capital eran desnudados, y así crucificados, quedando expuestos horas y horas al ultraje y a la vergüenza. Los griegos y egipcios los ataban con cuerdas a la cruz. Los romanos los clavaban con sendos clavos en las cuatro extremidades para enfrenar las contorsiones de la muerte. En las cruces fijas, previamente erigidas, se subía al vencido para clavarlo. En las cruces portátiles se tendía la cruz en el suelo, sobre ella al reo, desnudo, levantándolo luego para plantarle verticalmente.

—Los sufrimientos de los crucificados debían ser atroces...

—Atroces e incontables. A veces vivían, no horas, sino varios días en la cruz; vociferando a coro, rígidos, desnudos, sufriendo las inclemencias del frío en el invierno o del sol canicular en el estío, las picaduras de los insectos y los ataques de las fieras, sin posible defensa, padeciendo dolores cruentos, sueño, sed; sin consuelo ni alivio; sin apoyo para la cabeza fatigada y, moralmente, los insultos, los golpes y las burlas de los soldados vencedores. Es el de la cruz el suplicio más atroz inventado por la bestia humana, pues con ninguno es comparable de los usados en los espantosos anales de la crueldad.

Hay una pausa larga, durante la cual evocamos el martirio de la carne dolorida, y otra vez continúa su charla mi franciscano amigo:

—En la biblioteca del convento había una obra consagrada íntegramente a los tormentos experimentados por Miguel de Cervantes, cautivo en Argel, y otra que, en sentido análogo, comentaba la expedición y conquista, por la redención de esclavos españoles, que en 1509 efectuó el cardenal Jiménez de Cisneros a la plaza africana de Orán. Modernamente, mi espíritu se fué familiarizando con los dolores experimentados por los cautivos en las cárceles del Santo Oficio, en los Plomos de Venecia, en la Torre de Londres, el Temple, San Lázaro, la Conserjería... Con estos antecedentes, ¿qué de extraño tiene que me preocupara extraordinariamente por los pobres soldaditos españoles caídos en poder de Abd-el-Krim?

—Tiene usted razón.

—España toda estaba con ellos. Durante muchos días, muchas semanas y muchos meses fueron el tema apasionante de todas las conversaciones. Yo de mí sólo sé decir que desde el momento en que cayeron prisioneros hasta el día en que los liberaron, todos mis pasos, todos mis pensamientos y todas mis oraciones no tuvieron más que este exclusivo fin: ¡prisioneros, prisioneros y prisioneros!

EL GRAN PROBLEMA

—Los prisioneros—prosigue el fraile aviador—eran, a mi entender, el cuerpo del delito de los que con sus torpezas, con su soberbia y con sus ambiciones habían sido causa del derribamiento de Annual.

—¿...?

—Al correr de los días se fijaron diversas posiciones, se establecieron diferentestesis, de cuya aceptación había de depender la salvación o la muerte de la Monarquía.

Amortiguado algún tanto el dolor de los primeros momentos, en calma los clamores, los espíritus en sosiego, apenas iniciadas las primeras gestiones de rescate surgieron claras, bien definidas, dos posiciones dispares: de un lado, la Nación, el pueblo; del otro, el Estado, el Gobierno, los organismos oficiales.

La nación ansiaba el rescate de los que gemían cautivos en Axdir, sin reparar en sacrificios, sin parar mientes en el precio del rescate, fuera como fuera, y sin que a ninguno de los liberados hubiera de alcanzar luego ninguna suerte de responsabilidades.

—Es natural.

—El Estado no lo comprendía así. En contra de mi manera de pensar, los quería sujetos al examen minucioso de su gestión responsable por medio de un proceso que habría de tener ulteriores resoluciones, sin pararse a meditar que el martirio sufrido en Annual y en Alhucemas les amnistiaba de cualquier posible culpa.

—¿Qué pensaba el ex rey?

—Don Alfonso, gran animador de Fernández Silvestre y principal culpable de la catástrofe, que para ocultar su participación en el desastre no permitió que se acudiese en socorro de Monte Arruit, del mismo modo que retardó y dificultó cuanto pudo el rescate de los cautivos, y que cuando los supo camino de la Península, a



Una columna tomando posiciones para atacar a los núcleos rifeños, durante la reconquista, después del desastre